

## F. GAMBOA

mustios cariños deshojados, y la vista de los nietos le oreó la memoria y el espíritu, le revivió el recuerdo de Emilia.

¡Ah! las primeras confidencias tristes; la mutua narración melancólica que de sus existencias se hacían en el estudio á medio instalar, sentados tras los vidrios del balcón; Carolina, con alguna labor entre sus manos, Evangelina, amamantando á su niña última que pronto ajustaría el año, y Salvador al lado de ambas, ora mirando á su hija y á su nieta que con glotonería chupaba vida del flácido seno de la viuda y sin importarle que á su alrededor removieran penas tantísimas, ora mirando á Carolina, que, aunque experta en el arte del sufrir, cada vez que en la doliente plática terciaba, era para confortar á Evangelina que lloraba inconsolable mientras les contaba su drama, la enfermedad y fallecimiento del marido, la soledad y el desamparo del lugar que por varios años habitaron sin nunca en él aquerenciarse... Los otros muchachos, dos demonios mal trajeados, correteaban por las piezas y por la azotehuela en son de conquista y exterminio. Cuando la pequeña, harta, soltaba el pecho, dormíase en el regazo de Evangelina ó se ponía á determinar los rostros de esas dos personas que no conocía, levantando al aire sus piececitos descalzos, regordetes y sonrosados, á guisa de enseññas que vitorearan con sus movimientos caprichosos el perpetuo triunfo de la vida y de la carne... Y las confidencias manaban tristes, tristes, tristes, empapadas en la tristeza irremediable que va como escoltando á la carne y á la vida.

En honra á la verdad, la que más hacía el gasto era Evangelina, quien, al modo de los parientes que nos vuelven de las grandes ausencias y de las grandes distancias cargados de regalos y obsequios que sacan y sacan de baúles

## RECONQUISTA

y valijas conforme los abren, así ella sacaba y sacaba de su memoria y de su ánimo los padecimientos acumulados allá, en el odioso rincón salvaje que le había truncado su dicha.

Ensombreciase Salvador con el relato de su hija, al que sumaba mentalmente el calvario suyo y el de Carolina; el de los miles y miles que atravesarían por otros análogos ó peores ¡todos los calvarios de todos los crucificados de este mundo! Y una inmensa protesta subíale á los labios, una iracundia contra la vida que no ha de mejorarse nunca, que nunca ha de aliviar á los millones y millones de seres que de alivio han menester. Separábase de las dos mujeres, que, para atender á los quehaceres domésticos se levantaban luego de anochecido, y se quedaba solo en el cuarto—que parecía aspirar las postrimeras vibraciones del crepúsculo—con una porción de rencores que se le amotinaban en la garganta. ¿Por qué vivir? ¿Para qué nacer? ¿Por qué no ahogar la simiente humana, á fin de impedir que siga reproduciendo este fruto predestinado al sufrimiento y á las lágrimas?... Si la vida es como es, cruel y sin objeto apreciable, ¡mejor vivirla cual nos plazca, sin sacrificios ni virtud, sin reagravarla con torturas nuevas, sin dar oídos á la conciencia que censura y concluye de amargárnosla! ¡Mejor vivirla animalmente!... Y la duda que lo atenaceaba erguíase furiosa, lo compelia á blasfemar en el pensamiento, á rebelarse contra la reconquista de su alma extraviada y á cobrar ojeriza á la misma Carolina, que con su piadosa conformidad humillábalo... La cobardía hincábale el diente, le aconsejaba verdaderas enormidades: marcharse por ahí, él solo, en busca de su propio sustento y sin curarse de los débiles que dejaría desamparados, como las bestias que después de fecundar á la hembra se le apartan y en pos de otra corren, palpitan-

F. GAMBOA

tes los ijares, lamiéndose las fauces abrasadas por el placer y la victoria...

Era que ya su trabajo no bastaba para hacer frente á los dispendios; otra vez hubo que empeñar muebles y objetos, pues los monises que del «Outlook» le remitían, en las económicas manos de Carolina derretíanse.

Una noche, al acostarse, por natural y humano movimiento, se lo reprochó á su esposa:

—¡Ya ves lo pronto que se me ha premiado por mi enmienda y principio de conversión!... ¿Dónde mora esa justicia con la que me aturdías y en la que tan firmemente crees?... ¿En dónde?...

No le replicó Carolina, pero Salvador siguió escuchando, en las tinieblas, un murmullo impreciso.

—¿No me respondes?... ¿Qué haces?...—le preguntó, incorporándose sobre las almohadas.

—¡Rezar por ti!

—¡Hija!—dijole él, echándolo á la broma,—si todavía no he muerto, guarda tus rezos para entonces...

—¡Porque renazcas rezo, Salvador, y renacerás, yo te juro que renacerás!

El murmullo persistió, en las tinieblas de la estancia, menos espesas, con tanto serlo, que las tinieblas internas del artista, en que su espíritu se debatía cautivo.

Y Salvador nada contestó, ¡al contrario! Muy poco á poco fué aproximándose, bajo las sábanas, á los labios que imploraban confiadamente que él renaciera.

RECONQUISTA

V

Fué Evangelina—que en achaques de fervor religioso allá se iba con Carolina—la que llegó con la inesperada noticia del reciente arribo de Magdalena á México, después de tanto año de ausencia. La intempestiva nueva cayó en medio de la comida y reanimó á Salvador, que todo se aguardaba menos eso; que para sus adentros suspiraba calladamente tiempo hacia por volver á ver á su hija predilecta. Y al oír que había vuelto, ocurrióle un fenómeno muy común: se tragó su júbilo, el vuelco que el corazón le dió dentro del pecho, y sólo permitió que asomara á la superficie un descontento artificial y un encono fingido.

—¡Vaya, hombre, veremos ahora si se acuerda de que tiene padre y se digna venir á saludarme!

Sacáronlo las otras del error en que á sabiendas incurria. ¿Como había de ir á verlo si era religiosa y vivía en convento? A ellos tocaba visitarla, que las madres no se opondrían, todas las familias de las reclusas lo hacen, y á diario si gustan.

Airado declaró Salvador que él no gustaba de buscarla á diario ni á otro plazo ninguno:

—Buenas son tales reglas, ¡qué atrocidad, Señor!... ¡Que venga ella, y si no que lo deje; ya se arrepentirá cuando yo muera!

Y como su mujer y su hija trataran de convencerlo de su yerro, abandonó la mesa de mal talante, y se encerró en el estudio, luego de afirmarles desde la puerta que no